

PREMIO DE MICRORRELATO ALBERT JOVELL



VI EDICIÓN DEL
CONGRESO NACIONAL DE
ATENCIÓN SANITARIA AL
PACIENTE CRÓNICO

I CONFERENCIA NACIONAL
DE PACIENTES ACTIVOS

Organizan:



Colabora:



Sevilla, 27 a 29 de Marzo de 2014

PREMIO DE
MICRORRELATO
ALBERT JOVELL



Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de este libro, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.- sin el permiso de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

© Los autores

© Sociedad Española de Medicina de Familia y Comunitaria.

© Sociedad Española de Medicina Interna

© MERGABLUM. Edición y Comunicación, S.L.,
2014

Brújula, 10. Parque Industrial PISA
41927 Mairena del Aljarafe SEVILLA

Teléfono: 955 60 23 10

mergablum@minerva.es

Imprime: Minerva Universidad. Artes Gráficas

Depósito Legal: SE-0706-2014

ISBN: 978-84-96378-82-7

SUMARIO

Prólogo	9
Literatura para vivir	13
Un portero para mi equipo. <i>Manuela Sánchez González</i>	17
Un día diferente. <i>Yolanda Fouce Rodríguez</i>	20
Alzheimer navideño. <i>Pilar Añibarro Aguado</i>	22
Como el siervo anhelando la sombra. <i>Juan José Coronado Fernández</i>	24
Vegetal. <i>Miguel Ángel Escudero Eble</i>	28
Valeria. <i>Patrocinio Gil Sánchez</i>	30
Érase una vez. <i>Raúl Gómez Lozano</i>	34
Un día sin cole. <i>Andrés Gotor De Astorza</i>	36
Confianza ciega. <i>Patricia Gutiérrez Riego</i>	39
El grito. <i>Isabel Hernández Gil</i>	42
El hacedor de niebla. <i>Miguel Ibáñez De La Cuesta</i>	44
El Alimento. <i>Javier Oviden Olivares</i>	46
Caballo de cartón bajo las luces de neón. <i>Joaquín Robledo Díaz</i>	50
Los invitados. <i>Rubén Rojas Yedra</i>	53
Quién me lo iba a decir. <i>Fernando Ros Marí</i>	55
Jugando a los médicos. <i>Manuela Sánchez González</i>	59
La última cita. <i>Almudena Torres López</i>	60

PRÓLOGO

Querido lector. Tienes en tus manos el libro que recopila los trabajos preseleccionados en los premios de poesía y microrrelato Albert Jovell que se convocaron en la VI edición del Congreso Nacional de Atención Sanitaria al Paciente Crónico que se celebró en Sevilla en Marzo de 2014.

Se recibieron más de 600 trabajos de toda España y Latinoamérica. Un equipo de escritores eligió 11 poemas y 21 microrrelatos. Todos los trabajos preseleccionados para los que los autores autorizaron su reproducción están en este libro. Ha sido tanto un gran

éxito de convocatoria como un difícil trabajo de selección dada la emotividad y la calidad literaria presente en todos ellos.

Es inusual que un congreso de profesionales sanitarios convoque premios literarios. Pero es que éste es un congreso distinto desde que en noviembre de 2008, en Toledo, un grupo de entusiastas hiciera un llamamiento para construir un foro que reflejara los avances en el nuevo modelo de atención a pacientes crónicos.

La solución a un gran desafío rara vez procede de una única disciplina o área de conocimiento y probablemente la necesaria respuesta frente a las enfermedades crónicas no sea una excepción. Por eso, aunque se convoque y organice este congreso desde la Sociedad Española de Medicina Interna (SEMI) y la Sociedad Española de Medicina de Familia y Comunitaria (semFYC), participan muchas otras sociedades científicas de enfermería, farmacia, trabajo social y otras disciplinas.

En la edición de Sevilla, se incorporó la presencia de los pacientes y sus organizaciones, en un año en que se había producido el adiós de Albert Jovell, una figura crucial en el

movimiento de pacientes en España. En Sevilla se celebró la I Conferencia Nacional de Pacientes Activos. La idea de espacio compartido se llevó a la práctica reuniendo a profesionales de distintas disciplinas, pacientes y agentes comunitarios.

Además, se vio necesario dar cabida a otras formas de expresar lo que significa el envejecimiento, la cronicidad y la manera de abordarlos. Se realizó una convocatoria de proyectos de investigación, de videos y los premios literarios cuyo resultado tienes ahora en las manos. Como trataron de expresar las bases del certamen, se trataba de que profesionales, pacientes y ciudadanos tuvieran una oportunidad de transmitir de manera literaria sus ideas y emociones.

Y los premios llevan el nombre de Albert Jovell, quien escribió un libro estremecedor, *Cáncer*, biografía de una supervivencia, cuyo primer capítulo se titulaba *Tengo cáncer y necesito contarlo*. En él se preguntaba: “¿Por qué el destino me ha deparado esta cruel condición sin sentido? Quizá la única manera de encontrarle sentido sea intentar recordar la supervivencia y contarla”.

Persona polifacética, de gran categoría humana, Albert encontró en su enfermedad una oportunidad para compartir, una forma de ser útil a otros. Una persona rebelde ante el fatalismo y exigente ante los sistemas sanitarios, donde siempre defendió un modelo de atención que fomentara los valores humanitarios, basados en la afectividad y en la relación de confianza entre todos los agentes implicados.

Va por ti, Albert, y por toda la gente con valores.

Manuel Ollero Baturone, Eloísa Fernández Santiago, Joan Carles March Cerdá, Alfonso Pedrosa Elbal y Bernardo Santos Ramos. En nombre de los comités científico y organizador.

LITERATURA PARA VIVIR

Nace esta convocatoria de los Premios Albert Jovell con el propósito de animar a dar voz, desde la creatividad literaria, a la compleja realidad que viven tanto aquellas personas que padecen algún tipo de enfermedad como aquellas que las rodean: médicos, familiares, vecinos, amigos... Una realidad, la de la dolencia y la de sus cuidados, que nos implica, por tanto, a todos.

Se atiende y homenaja en esta iniciativa a la figura del recientemente desaparecido Albert Jovell, quien con justicia da nombre a

este premio, con el fin de recordarle con gratitud y alegría. Jovell defendió de forma activa una medicina más humanitaria en la que los cuidados y los afectos ocuparan un lugar central o, al menos, tan relevante como el de los tratamientos y técnicas médicas, procurando así no solo una mejor y más fructífera relación entre personal sanitario y pacientes, entre sistema sanitario y ciudadanía, sino también la dignidad de quienes padecen una enfermedad. En este sentido, siempre apostó y luchó por una sanidad pública, advirtiéndole de los peligros de una gestión en manos de las lógicas del capital y, por consiguiente, menos justa, menos equitativa, algo esto último a lo que desgraciadamente parecen abocarnos las políticas al respecto desarrolladas en los últimos años en España.

En las bases de la convocatoria se solicitaron textos que, desde la literatura, abordaran la temática propuesta, teniendo presentes los conceptos de confianza y afectividad. El resultado de la propuesta no puede ser más satisfactorio: una alta, ilusionante participación, tanto en la modalidad de poesía como en la de microrrelato, multitud de obras que han sabido decir, contarnos, con emoción y verdad, de ese universo que es la enfermedad y sus abis-

mos, y de la fuerza, el amor y la compañía que se requiere para enfrentarlo. Siempre es una alegría comprobar cómo con el lenguaje y, en concreto, con el lenguaje literario, somos capaces de generar herramientas útiles para acercarnos a sentir, conocer y comprender vivencias y circunstancias tantas veces difíciles de nombrar. Muchas gracias, en nombre del jurado y de la organización del premio, a todas las personas participantes por querer aportar su escritura y su corazón, su tiempo, su lucidez, su imaginación.

Literatura como expresión conmovedora de lo que (nos) acontece, como testimonio y memoria viva, como honda respiración de la comunidad. Literatura como sanadora compañía. Literatura como experiencia reveladora y transformadora, como vía para el cuestionamiento y la acción. Literatura como mágico puente que une las orillas de la vida y del lenguaje. Literatura como búsqueda, como viaje hacia el otro, como hermoso regalo. Literatura como vínculo, como espacio para la confianza y la afectividad. Literatura como responsabilidad social. Literatura como la que podrán encontrar en los textos recogidos en esta publicación, una selección que reúne las obras premiadas, así como aquellas que resultaron

finalistas y otras que también se han considerado destacadas.

Les invito a leer con atención estos poemas y microrrelatos, a disfrutarlos, y a dejarse conmover por lo que en estas páginas palpita. Será, les puedo asegurar, un ejercicio de lo más saludable.

José María Gómez Valero
Sevilla, marzo de 2014

MANUELA SÁNCHEZ GONZÁLEZ
PRIMER PREMIO

UN PORTERO PARA MI EQUIPO

Nací con una enfermedad rara en la piel de las manos. No recuerdo desde cuando empecé a frecuentar las consultas de dermatología. Creo que cuando tuve uso de razón ya era enfermo crónico.

En la sala de espera siempre había una luz mortecina y unos nueve pacientes cuando yo llegaba de la mano de mi padre. Él me decía que íbamos a formar un equipo de fútbol. Pero yo replicaba: “pues nos falta el portero papá, porque los equipos tienen diez jugadores y un portero”.

El médico que me veía siempre era una persona cercana y afable. Me exploraba las lesiones con delicadeza y minuciosidad. A veces me hacía una foto de las manos y al final me daba una piruleta. Con el tiempo, su sonrisa bonachona lo fue convirtiendo en un rostro familiar para aquel niño enfermizo que era yo a los siete años. Me fui acostumbrando a la sala de espera de la consulta, al equipo de

fútbol incompleto que formábamos todos los pacientes que la habitábamos y a las piruletas del Dr. Gómez-Cuervo.

Pero pasó el tiempo y las citas se fueron espaciando. Y el médico se jubiló, o algo parecido, porque no volvió a frecuentar la consulta. Su lugar lo ocupó una doctora joven que siempre andaba con prisas y no regalaba dulces a los niños.

Mi padre me acabó confesando que no íbamos a formar ningún equipo. Aquello me decepcionó un poco. Y un día, sin saber por qué, dejé de echar de menos las piruletas. Supongo que crecí...

La semana pasada volví a tener cita con el dermatólogo. Había un grupo de extraños. Coincidentes habituales en la sala de espera de la consulta. Pero también alguien nuevo. Un señor mayor, un tanto decrepito. Me costó reconocerlo, pero vi en sus ojos sombríos la misma mirada bonachona del médico que me trataba de niño. Miré sus manos y se parecían a las mías, porque eran dignas de una foto, por lo deterioradas que estaban. Ahora ya no era mi médico, tan sólo un paciente más. Me senté a su lado y saqué una piruleta del bolsillo

y se la di. Él, al reconocer mis manos, me miró a los ojos.

Entonces comprendí que mi padre se equivocaba, porque ahora sí teníamos un portero y éramos un equipo.

Manuela Sánchez González es médica de familia. Desde 2002 se dedica a las urgencias extrahospitalarias. Desde 2004 lo hace en las unidades móviles del Dispositivo de Cuidados Críticos y Urgencias de Sevilla.

YOLANDA FOUCE RODRÍGUEZ
FINALISTA

UN DÍA DIFERENTE

Esta tarde, por fin, la abuela se ha tirado a la piscina. Carlitos la convenció. Como es el más pequeño la abuela siempre le consiente todo. Nuestro plan no tenía ni un solo fallo: envolvimos las piernas y los brazos de la abuela con todos los manguitos que pudimos juntar entre nuestros amigos, en total 14 manguitos, 3 en cada pierna y 4 en cada brazo.

Luego con mucho cuidado los tres, Carlitos, la abuela y yo, nos acercamos al borde de la piscina: cada uno de nosotros llevaba a la abuela de una mano, contamos muy alto hasta tres y saltamos juntos. ¡¡¡Chooof!!! La abuela está muy gorda y un montón de agua se salió de la piscina. Justo cuando estábamos remolcando de nuevo a la abuela hacia la escalerilla para ayudarla a salir apareció mamá y empezó a gritar y a echarse las manos a la cabeza, riñéndonos por usar a la abuela como si fuera un juguete y diciendo que no le teníamos ningún respeto. La sacó del agua, la cubrió con una toalla y se la llevó de nuevo a la tum-

bona. Allí se pasó la abuela otro día sin hacer nada, sin hablar y sin casi pestañear.

Pero cuando saltábamos los tres juntos a la piscina me encantó escucharla gritar: ¡¡¡BOM-BA!!!

Yolanda Fouce Rodríguez, nació en Lugo en 1976 y es licenciada en Veterinaria. Actualmente se dedica a la educación infantil y juvenil en contacto con los animales y la naturaleza en una pequeña granja. Escribe relatos infantiles y también poesía sobre naturaleza, relaciones interpersonales, reflexión social y crítica.

PILAR AÑÍBARRO AGUADO
FINALISTA

ALZHEIMER NAVIDEÑO

Ande, ande, cogeré el andador. Caminaré por los pasillos porque una pandereta suena. No, aquí no hay chiquirritines. Todas las noches, son noches de paz, al llegar las nueve apagan las luces y no, no suena una campana sobre campana sino un timbre que nos avisa que debemos acostarnos. Mis descolocadas neuronas no me permiten recordar el dime niño de quién eres al intentar identificar a mi nieto. En el taller de costura yo me remendaré el traje y lavaré mi ropa en la lavandería como la Virgen. No sé dónde está mi casa, soy incapaz de cumplir la máxima “ven a mi casa esta Navidad”, mi hogar es este hospital de enfermos mentales en cuyo portal hay una pecera donde observo a los peces, pero no, éstos no beben del río. El niño Dios para mí es el doctor, quien aunque tenga el pelo blanco y muchos años me transmite confianza. Esta noche es Nochebuena, vendrán los pastores, no llevaran chalecos de borreguito, irán vestidos con impecables trajes blancos, son los enfermeros y auxiliares y escucho la voz de los

Reyes Magos, llegan tres voluntarios. Antes de acostarme enciendo la única lamparilla de mi mesilla de noche, una botella de agua sustituye a la bota ya que no me voy a emborrachar. Las tabletas son medicinas, no turrone. Ya en mi cama sonrío tatarcando al niño que está en la cuna.

Pilar Añíbarro Aguado es ingeniera agrónoma, funcionaria de la Junta de Castilla y León y presidenta de ONG-DHEFI-Proyecto Madagascar. Es escritora de micro-relatos y ha obtenido diversos premios como el de la Universidad Popular de Cartagena o el de la Fundación Jiménez Arellano (Universidad Valladolid). Ha publicado textos en numerosos libros colectivos.

JUAN JOSÉ CORONADO FERNÁNDEZ

COMO EL SIERVO ANHELANDO LA SOMBRA

Cierro el Libro de Job y oteo por la ventana. Pronto obscurecerá. Días atrás yo recibía la noche como una liberación, en la que morfina y sueño se aliaban para darme paz; hoy no es posible.

Tan sólo unos meses atrás yo hacía una vida monótona, ocupado en despachar las quincallerías del negocio; ahora, a lo que parece, mi mansedumbre ocultaba ese monstruo que la enfermedad os ha desvelado. Pretendéis esconderme de la gente como si de un apestado se tratara; la ávida felonía de las personas de “bien” entre las que os movéis ha encontrado en mi caso una carnaza apetitosa; el apellido familiar en descrédito; el negocio familiar podría resentirse... y sólo Amparo, nuestra hermana-madre, este ángel de misericordia que no rehúye visitarme con sus hijos, se atreve a hacer frente a quien insinúa que la pérdida de su recién nacido es un castigo divino por mis muchos pecados. Bendita seas.

Siempre que puede me visita Jordi. También él presenta anticuerpos, pero su ritmo de evolución se ha estancado. Come y actúa con la misma vitalidad de siempre, lleva una vida normal en todos los sentidos, aunque con las debidas precauciones. Cada vez que comienza una gira me da noticias de su estado y yo me preocupo por su salud y trabajo. Ya que no pareja, he terminado de confidente íntimo en sus cuitas de amor. Esta amplitud de miras, cuya limitación se me antoja hoy ridícula, es el beneficio moral que me ha aportado la enfermedad. Os diré más: ahora que mi fin está cercano, hallo en el Libro de Job la explicación a mis desventuras. No todo pecador tiene su castigo en esta vida, ni el sufrimiento del hombre es parejo a su maldad. Los designios del Sumo Hacedor son siempre misteriosos, y no cabe aventurar juicios de valor sobre las culpas del que sufre. Tal vez habrá otra vida, mas para entonces los sufrimientos de mi cuerpo serán humo de cañas, absorto como estaré en la divina contemplación.

Pero, mientras tanto, ahora que espero con sosiego la llegada del fin, abro el Libro de Job por el Epílogo y leo las palabras de Yahvé a Elifaz el temanita: “Se ha encendido mi ira contra ti y contra tus dos compañeros, porque

no habéis hablado rectamente de Mí, como mi siervo Job”.

“Yahvé restituyó a Job en su antigua condición y duplicó todos los bienes que poseía”. ¡Qué poco me interesan estos consuelos! Sé que voy a morir y no me espanta. Pero hay un versículo escondido ante el que noto manar el flujo de mis lágrimas, no resignado aún al desamor que me rodea: “Y todos sus hermanos y hermanas vinieron a visitarle, y cada uno le regaló una moneda de plata y un anillo de oro”.

Yo no quiero moneda de plata ni anillo de oro, y a vuestro nombre he dejado mi parte del negocio; sólo quiero que estéis conmigo en esta hora, unidos como de pequeños lo estábamos.

Así sea.

Juan José Coronado Fernández
nació en Murcia, reside en Barcelona y es profesor jubilado de Filosofía de I.E.S. Ha publicado las obras “El libro de las enfermedades del alma”, ERM (Editora Regional Murciana), Murcia, “No hay inocentes”,

KutxaGipuzkoa, San Sebastián y “Antología de escritores murcianos” ERM (Editora Regional Murciana), Murcia. Ha obtenido los premios Ciudad de Villena, Castillo de Irún, Ministerio de Educación, Cartas de desamor y Jara Carrillo, entre otros.

MIGUEL ÁNGEL ESCUDERO EBLE

VEGETAL

Cuando la enfermera entra en la habitación, a él se le alegra el cuerpo. La mañana tiene otro color con su juvenil alegría y las cosas que le cuenta sin esperar respuesta; que hace un día espléndido o que su novio es un idiota... Sea lo que sea, le agrada tanto escuchar su voz. Mañana es un día especial, le lavará frotando todo su cuerpo delicadamente con una esponja. Luego, la visita; ya puede imaginársela: el médico diciéndole a su familia que podría no salir nunca de este estado, la discusión de ellos sobre la herencia sin salir de la habitación... Y al final del día, sólo ella; acariciándole el pelo y cantándole canciones antes de acabar el turno. Ya puede mover los dedos de las dos manos, pero nadie lo sabe. No tiene ninguna prisa.

Miguel Ángel Escudero Eble es escritor aficionado de microrrelatos. Ganador de varios concursos de microrrelatos en la radio (Cadena Ser y Radio Nacional) y otros me-

dios. Ha publicado relatos en varios libros y en los suplementos de El País y El Mundo.

PATROCINIO GIL SÁNCHEZ

VALERIA

Valeria es pequeña, delgada, suave y encantadoramente dulce, con una sonrisa que va más allá de sus labios sensuales y de esa parálisis que la mantiene en silla de ruedas desde hace tres años, cuando lo del accidente de coche.

Ya no me acuerdo de cómo era yo antes de ser tuya, le comenté el lunes pasado cuando una sonrisa de sus labios me pareció una nana. Y ella, que le encanta soñar con un buen polvo, aunque es mi pareja desde hace cinco años, acariciando el lomo de Dalila, me espetó:

-Marga, lo importante es que alguien te susurre que te quiere.

-¡Ya!

Luego, conviviendo pacíficamente con la respiración de soñar con el deseo, la regalé

tres besos contándole despacio que mi sueño sería formar un piquete pacífico y salir a la calle el próximo día de la huelga, con una pancarta que dijera:

www.lesbianasunidas.com, en contra de la huelga.

E informar a los piquetes y a los que secundan la huelga, que no la hagan y se vuelvan a sus casas a hacer el amor desesperadamente.

Se río como una niña traviesa que acabara de retorcer el cuello a las gallinas, como cuando hacemos el amor y me besa lentamente los ojos, los labios y los pezones.

Y mirándome con sus ojos de azul turquesa, soltó en un suspiro largo, que a ella también, porque al hacerlo, se sentirá una mujer nueva, porque, muchas veces, hay que volver allí donde quisimos estar siempre y no hemos estado nunca, o hemos estado siempre sin saberlo, y hacer todo lo contrario de lo que hicimos alguna vez, para ver si así podemos obtener todo lo contrario de lo que tenemos, joder! Aunque... y esto lo susurró con palabras bajitas, como esas que me susurra a mí

por las noches en la cama, porque Valeria, es caricia y sonajero, dulce de chocolate, a veces una luna o una tarde de lluvia:

-Nos partirán la cara.

Y al escucharla, amarrada a su silla y tan contenta, me di poquito a poco en uso de razón de verla hermosa, sabiendo que sí es ella el hecho de no poder salvarme:

-Nos la partirán.

Y nos la partieron.

Más tarde, acurrucadas en aquellas camillas del servicio de urgencias, con heridas abiertas y puntos de sutura, pero convencidas de que habíamos obrado bien. Sus ojos de aguapronta me miraban serenos, en ese amor que es un poco eso, imaginar y sonreír con lo imaginado, aunque vengan mal dadas, soñando con ese beso dulce impregnado de sangre que nos dimos, que nos sorprendió a ambas. Y supe en ese entonces, que Alicia no sabía, que el País de las maravillas está en esos ojos suyos tan bonitos.

Siete meses más tarde, un lunes caprichoso, yo empujaba su silla por el bulevar. En las paredes se anunciaba, para el próximo 28 de octubre, una huelga general. Valeria, con palabras bajitas me sugirió si volvíamos a intentarlo.

Acariciándome las cicatrices de la cara, respondí:

-¡Quital ¡Quital!

***Patrocinio Gil Sánchez** vive en Álava y es socio fundador del Grupo Literario Tétrada. Tiene doce libros de poesía publicados. Ha obtenido varios concursos de relatos, los últimos Unicaja de Relatos, Ateneo Casares Quiroga, Miguel Artigas, Benigno Vaquero y Villa de Binéfar.*

RAÚL GÓMEZ LOZANO

ÉRASE UNA VEZ

El doctor Ruiz caminaba apresurado por los pasillos del hospital con un zapatito en la mano mientras los enanos lo perseguían entre risas. Abrió varias puertas con excitación febril, pero sin dejar de sonreír. En la 213, un lobo todavía limpiaba sus dientes después de haber engullido a su presa; en la 215, seis ratones bailaban al ritmo de una pegadiza música; en la 217, una bruja daba de comer golosinas a dos hermanos; en la 219, una rata lo miraba divertida mientras barría su habitación... Fue en la 221 donde encontró a una niña limpiando entristecida las ventanas.

—Princesa —dijo el doctor—, se te cayó esto cuando saliste corriendo.

La pequeña se acercó al médico y adelantó su pie. El zapato encajaba a la perfección.

El júbilo se apoderó del hospital. Los seres del resto de las habitaciones se dirigieron hacia la 221.

—¿Veis? —rió el doctor rodeado de niños disfrazados—, os lo dije. Sabía que ibais a poder juntar todos los cuentos en uno. ¡Nada es imposible para vosotros!

Mientras sonreía satisfecho viendo como todos sus pacientes comentaban emocionados la gran función, los pensamientos del doctor Ruiz lo llevaron hasta aquella misma habitación, dos meses atrás, cuando la pequeña Marta, la princesa que llevaba con él prácticamente desde que nació, le dijo:

—Juan, ¿quién es Cenicienta?

Raúl Gómez Lozano es licenciado en administración y dirección de empresas y empleado de banca de profesión. Se inició en el fanzine de tirada local “Nosolofriki”, ha publicado relatos en las antologías “Bocados sabrosos II”, “El color humano son todos los colores”, “Porciones literarias” y “Esta noche te sueño”.

ANDRÉS GOTOR DE ASTORZA

UN DÍA SIN COLE

La puerta se cerró y fuera sólo quedamos él y yo. Era un señor grueso con barba de varios días.

Había una radio sobre una mesa redonda. Cantaban número tras número los niños de San Ildefonso. El hombre en cuestión dispuso junto al aparato varias participaciones, de alguna manera ordenadas. También había una botella, creo que de coñac, a la mitad, y una copa casi vacía.

Me senté frente a él. No había abierto aún la boca cuando me mandó callar.

Al cabo de un rato largo se abrió la puerta. Escuché la voz de Papá. Me llamó. Me levanté y pasé.

Una oscura habitación sin ventana. La luz del techo estaba encendida. Hacía mucho frío. En la cama, una anciana, incorporada gracias a

grandes cojines en su espalda. Una tez blanca, más aún que el pelo. Sentada a los pies estaba una señora más joven. Mi padre erguido, apoyado en el respaldo de una silla.

“Dale un beso a Doña Mercé, que nos vamos”, dijo Papá.

No entendí nada, pero me acerqué y la besé en la frente. Ella respondió cogiendo con sus gélidas manos una de las mías. Nos despedimos y nos fuimos. El señor grueso seguía sentado mirando el transistor. Allí, los niños seguían con su cantinela. La copa volvía a estar llena.

Ya en la calle Papá me dijo que un beso de un niño siempre era la mejor medicina para las personas mayores.

Yo le pedí que me llevase más veces con él. No me respondió. Luego me contó como él de pequeño iba con su padre a ver a los enfermos de las chabolas de Torre Romeu. Imaginé que igual él también los besaba.

Me sentí importante.

Andrés Gotor de Astorza vive en Bormujos, Sevilla, y es periodista. Ha trabajado en Canal Sur Radio y en Onda Cero, siendo director de informativos en Andalucía. Actualmente trabaja en la Agencia de Gestión Agraria y Pesquera de Andalucía en su departamento de Promoción Agroalimentaria. Es autor tardío e inédito.

PATRICIA GUTIÉRREZ RIEGO

CONFIANZA CIEGA

Siempre he sido alérgica a la meditación y a la autoayuda pero desde que conocí a Felipe, en la boda de mi prima Ángela, todo ha cambiado. Yo llevaba tres años dando tumbos por el mundo, hundida hasta las trancas en una depresión sentimental por abandono y matrimonio cesante que me tenía al borde del abismo, embutida en un pijama de franela y cambiando de vez en cuando de marca de ron tostado. Él era moreno, lenguaraz, agigantado e ingeniero de caminos y dirigía un grupúsculo de introspección y danzas orientales en un pueblo de Albacete. Enseguida congeniamos y al segundo cóctel de gambas ya estaba yo abierta en canal contándole mis miserias. En mí vio un claro caso de alcoholismo y falta de autoestima y decidió que dos meses de sesiones con su grupúsculo asertivo me harían falta para volver a empezar. Como soy muy fan de hacerle caso a la gente cuando deciden sobre mi vida, antes de que mi prima cortara la tarta ya había sacado por internet con el móvil un billete de autobús para Albacete y, para cele-

brarlo, nos llevamos otra botella de champán a la parte de atrás de su furgoneta ya que, aparte de la autoayuda y como no le salía nada de lo suyo, se ganaba el pan con una línea de reparto de periódicos. A la tercera copa, mientras buscábamos mis bragas, planteó la posibilidad de comenzar con la terapia en ese mismo momento y con las mismas salimos al aparcamiento. La primera tarea, me dijo, es la prueba de confianza: tú te pones de espaldas, te dejas caer y yo te recojo. Entiendo que por culpa del alcohol, y del orgasmo, me pareció una manera fantástica de retomar mi vida así que me di la vuelta, cogí aire, miré al cielo estrellado y me lancé. Como quiera que Felipe ya estaba de regreso en su furgoneta, metiendo la segunda velocidad y saliendo de allí a toda pastilla, aterricé sobre el capó de un coche aparcado y no me maté de milagro. Ahora me recupero de las heridas en el hospital y, mientras rezo porque no me queden secuelas motrices, he vuelto a hacer planes y a tomar las riendas de mi pequeña existencia: he decidido dejar el alcohol, el trankimazin y la gili-pollez y apuntarme a yoga y a clases de pintura expresionista. Gracias a Felipe he comprendido que no se puede ser tan imbécil y que estoy desperdiciando lo bueno por un exceso de autocompasión. Le daría las gracias pero he

descubierto que la tarjeta que me dio en el banquete era falsa y que nadie de los de la boda parece conocerle. Quizá ni siquiera se llame Felipe pero no hay duda de que podría ganarse la vida como sicólogo o como vendedor de tónico crecepelo.

***Patricia Gutiérrez Riego** nació en Cantabria y es enfermera. Ha trabajado en una residencia de ancianos en Finlandia y ahora en el hospital de Cruces. Es joven e inédita.*

ISABEL HERNÁNDEZ GIL

EL GRITO

Entonces... se escuchó un grito. Un grito infantil. Las personas que estaban alrededor se sobresaltaron. Una rabieta, justificó la madre. El hombre permaneció callado mirando con desdén a la niña que ha hecho trizas la botella del agua.

El sol de poniente ha dejado un resplandor de fuego en el cielo de julio. No es de día ni es de noche, transcurren esos instantes fugaces que llamamos “entre dos luces”. El parque del barrio está a rebosar; gente sentada en las mesas del kiosco, en los columpios, en la orilla del estanque, tirada en el césped, paseando, o haciendo fila en el puesto de helados.

En el borde esquinado del estanque, el hombre y la mujer sentados a cierta distancia, manipulan cada uno en su móvil. La niña les habla. El hombre la ignora. La madre, sin levantar la vista del teléfono responde con monosílabos. La niña insiste; que su papá le ha dicho que mañana, cuando vuelva de luna

de miel, le traerá una bici rosa de esas que llevan una cesta en el manillar. Pero ellos... a lo suyo. La niña se sienta en un banco no muy lejos de donde está su mamá, bebe agua de una botella de plástico hasta que la termina, y luego empieza a golpearla contra el respaldo del banco. Han pasado unos cuarenta minutos. La botella está hecha trizas. La pareja sigue con los móviles. La niña, sentada en el banco.

Entonces... se escuchó un grito infantil. Podría haber sido el grito determinante de un adulto, pero no lo era.

MIGUEL IBÁÑEZ DE LA CUESTA

EL HACEDOR DE NIEBLA

Él nunca hubiera pensado que su oficio era extraordinario. En el pueblo había cura, maestro, peluquera, un taxista, un alcalde pedáneo, y el hacedor de niebla. ¿No hay en otros pueblos echadores de cartas, observadores meteorológicos o criadores de palomas mensajeras? Pues eso.

Le solían reclamar las parejas jóvenes, en primavera, cuando las noches son cortas y un poco de oscuridad añadida se agradece. Se agradece mucho, quiero decir.

Un día se fue la niebla antes de tiempo y después me tuve que casar con Antonia, la hija del sargento de la Guardia Civil. Creo que lo hizo a propósito, pero nunca pensé en reprocharle nada. Tuve cuatro hijos, muchas vacas, una casa de dos plantas y una finca bien regada, y antes de morir, Antonia me dijo: No ha estado tan mal; podía haber sido peor.

Por eso pienso que saber quitar la niebla a tiempo es cosa de sabios. Pero también saber cuándo volver a mandarla, pienso ahora, mientras veo la gota de suero deslizarse por un tubo de plástico.

Mándame un poco de niebla, le digo. La justa para perderme. Déjame perderme en un camino del bosque, con niebla y avellanos, y que mi voz suene inquieta y curiosa como la de un niño, y que al final del camino encuentre a Antonia, esperándome.

Unos gramos de niebla o un cuarto de litro o como se mida eso.

***Miguel Ibáñez de la Cuesta** nació en Puente Viesgo, es profesor de Lengua y Literatura, actualmente director del Centro de Profesorado de Cantabria. Entre otros obtuvo los premios José Hierro de poesía, Microrrelatos Eróticos Nereidas, Microrrelatos Ciudad de Oviedo y el Internacional de Relato Hiperbreve. Ha publicado “Doce canciones para pasar el tiempo”, “Historias de dos ciudades”, “Paisaje fluvial”, “El lobo veloz” y “Fábulas y parábolas”.*

JAVIER OLIDÉN OLIVARES

EL ALIMENTO

Ciertamente no hubiesen estado a disgusto los conejos en su conejar, de no ser porque a veces el ama abría la puerta y se llevaba alguno. Al fin y al cabo, comían cada día y el conejar, que era grande y limpio, disfrutaba además de una hermosa vista del valle. Pero esas visitas del ama les dejaban un sentimiento de profunda perplejidad y zozobra.

Un día en que el ama esperaba invitados, sacó del conejar dos conejos. Los llevó a un patio, junto a la piedra destinada para el uso y guardó a uno de ellos en una pequeña jaula, mientras procedía con el otro.

El conejo encerrado observó horrorizado como el ama inmovilizaba a su compañero sobre la piedra para degollarlo, y después, lo despellejaba. Cuando el ama se acercó después hacia él, sonó el teléfono de la cocina y ésta gritó:

-¡Niña!, cógelo tú que estoy ocupada.

Y cuando lo tenía sobre la piedra para degollarlo también, la niña volvió a gritar:

-¡Mamá!, eran los tíos, que al final no vendrán a comer.

-Vaya- se dijo el ama; y al conejo, al regresarlo a la pequeña jaula, le susurró: -Tú hoy no, manchado-, que así lo llamaba por tener una mancha junto al hocico.

El conejo quedó en una esquina, asustado, mientras de la cocina le llegaban extraños olores.

Tratándose de un día soleado, el ama preparó la mesa en el patio, y cuando la familia estuvo a la mesa, el conejo reconoció el manjar monstruoso que devoraban, y enloqueció.

El ama, tras su siesta, devolvió al conejo manchado al conejar. Sus compañeros contemplaron este regreso asombrados. Hasta entonces nadie que el ama se llevara había regresado, y quisieron saber lo ocurrido. El conejo, incapaz de expresar lo inexpresable, se

deshizo en una profusión de encantos, y ya los besaba, ya los acariciaba con las orejas y los calentaba con el lomo. Los demás no entendían semejante sentimiento, e insistían en saber, pero como el conejo no hacía sino reafirmar su entrega, terminaban por aceptar, y el conejar entero se convertía en una maravilla, donde unos a otros se prodigaban en sentimiento, y la inquietud pasaba.

Así los días se sucedieron tranquilos en el valle, en la granja y el conejar. Es cierto que a los conejos, cuando les asaltaba la vieja inquietud, acudían al manchado, para saber, pero éste reaccionaba con la misma plenitud de besos, de caricias y calor. El prodigio se propagaba entre todos y la inquietud pasaba. Por lo demás, todo continuó como siempre.

Pero, como era inevitable, llegó el día en que el ama, del conejar se llevó al conejo manchado. Lo llevó a la gran piedra del patio, donde lo inmovilizó, lo degolló y despellejó. La familia comió el alimento con deleite, sin embargo, lo cierto e inexplicable es que, tras digerirlo, por vez primera nadie habría de ir al baño, pues de aquel conejo con mancha, todo, absolutamente todo, les resultó nutritivo.

Javier Oleden Olivares nació en Madrid y vive en Barcelona y es licenciado en humanidades. Ha trabajado como docente y bibliotecario. Su exposición de fotopoesía e instalación se tituló “Ecos, fábulas y otras curiosidades” y trabajó para la editorial Océano Ámbar. Publicó el libro “Gimnasia mental”.

JOAQUÍN ROBLEDO DÍAZ

CABALLO DE CARTÓN BAJO LAS LUCES DE NEÓN

Arsenia y Amalio pudieron haber muerto allá por el año 25 del siglo pasado, cuando nacer y seguir vivo era arte de funámbulos o un designio del azar, pero sobrevivieron. Hasta que hace una semana llegó su hora. Es probable que mucho antes hubieran dejado de existir y que la fuerza que arrastrara sus pies no fuese sino el reflujo del último estertor. Pero su muerte física, de esa que aparecerá en lápidas y esquelas, se postergó y nada supo hasta anteayer.

Podrían haber muerto en esa guerra traidora en la que jugaban a esquivar obuses, o en esos exangües y eternos años posteriores de estómago vacío y mantas agujereadas, a todo ello resistieron. La juventud se les fue de las manos llenándolas de llagas por un miserable chusco y así fue año tras año hasta que la maquinaria los echó de las prosperas fincas del señorito. Antes, en uno de esos días de verano en que el sol castiga como suele por

estos pagos, coincidieron protegiéndose bajo la sombra de una pared. Ella venía de recoger lentejas, él de acarrear la mies. Quizá una mirada, quizá una palabra, quizá... les unió para siempre.

Juntos fueron a la capital, con tantos como ellos, y encontraron cobijo bajo una chapa, entre cuatro tablones. Solo varios años después, incontables horas de trabajo después, pudieron comprar una casa digna de tal nombre. En ella criaron a sus cinco hijos, en ella invocaban esos axiomas de la unidad familiar. Pero a su alrededor las viejas estructuras se derrumbaban antes de que se hubieran construido las nuevas.

Dos días atrás aparecieron muertos en su vieja casa, lo supe por un breve en el periódico local. Cinco días llevaban yacidos sin que nadie les hubiese echado en falta. Decía el diario que el monóxido de carbono producido por una mala combustión fue el responsable de este último empujón. Paradojas, una muerte dulce como corolario a la que se fue produciendo de forma paulatina, esa que les llegó mientras se iba despeñando la única institución en que los humildes podían creer: los que tenían cerca.

Joaquín Robledo Díaz vive en Valladolid y ha trabajado en periódico El Día, en El Mundo, en El Norte de Castilla y en la emisora Radio Castilla y León. Ha sido premio Cossío de Periodismo 2011.

LOS INVITADOS

Muchos años después de su tortuoso noviazgo, Adela y Andrés se reencontraron por Internet y trazaron una nueva relación en el medio virtual. «Vamos a contar mentiras», se escribieron en el chat. Ambos aceptaron y las conversaciones crecieron con las lunas de agosto. «Me llamo Belén», «Yo... Braulio», y entonces reían con interminables «jajaja» y elocuentes emoticonos. Por pudor, Belén y Braulio aseguraron no recordar sus respectivos cuerpos. Por excesivo recelo, no consideraron suyos aquellos malos momentos que aún escocían. Dejaron atrás el orgullo y se mintieron. Se mintieron apasionadamente durante meses.

En Navidad, Belén propuso que cenaran juntos: una cita auténtica. Braulio aceptó encontrarse con Belén, y las horas les pasaban lentas como las nubes de marzo. En la puerta del restaurante se saludaron y sucedió lo inevitable: Belén reconoció pronto al antiguo Andrés y Braulio descubrió a Adela en Belén.

Menos mal que habían reservado mesa para cuatro.

Rubén Rojas Yedra nació en Jerez y vive en Madrid. Es licenciado en periodismo, máster en literatura española y corrector ortotipográfico y de estilo. Ha publicado cuentos en blogs especializados, revistas literarias y filológicas y en varias antologías en papel.

QUIEN ME LO IBA A DECIR

La tensión de lo prohibido ejercía claramente una función narcótica en aquellos momentos donde me lo jugaba todo. Nada me dolía. Salí de la habitación. Eran las dos, madrugada: perfecto. Con los pasos de un viejo de 82 años, andaba en penumbra, siguiendo el camino trazado por aquella encantadora enfermera en una servilleta de papel que sutilmente, esa misma tarde, me había entregado en un descuido de aquel arrogante doctor.

Ya estaba cerca del punto marcado en rojo en aquel plano que se iba autodestruyendo y que no tenía ni idea de adónde me llevaba. Sin embargo ahora quedaba por delante la zona más peligrosa. Eran veinte metros que delimitaban con una cristalera enorme y limpiísima, el área de los “crónicos whatsapp”. Pobres criaturas de todas las edades y condiciones, que tenían las manos vendadas y que atados a sus butacas, miraban como si ya no estuvieran en este mundo a una cabina de teléfono antigua que les habían colocado en el centro de la

sala. Los médicos jovencitos de ahora le llamaban terapia de choque. Yo siempre pensé que era una crueldad. Ninguno me delató.

Una vez salvado aquel obstáculo, tras una puerta ligeramente más antigua que el resto, estaba el tesoro de aquel misterioso mapa.

Abrí despacio y allí mismo, en apenas diez metros cuadrados que hacían de almacén, entre detergentes, pañales y mochos; agazapados y asustados, sentados sobre cajas de cartón y bajo un nudo gordiano de herrumbrosas tuberías, nueve personas levantaron sus cabezas y me miraron.

Se calmaron enseguida al ver que yo estaba todavía más asustado que ellos. En un silencio conmovedor se movieron y me ofrecieron amablemente un sitio donde sentarme. Observando con mucho respeto, intentando averiguar qué diantres hacíamos allí, me fijé en una joven rubia, larguísima melena y mirada triste de cocker, que estaba justo a mi lado.

- ¿Qué tienes? - me susurró.

- Cáncer - le dije.

- ¿Y tú? -

- Soledad, mi amor; galopante soledad -

- Lo siento - es lo único que me salió decirle antes de bajar condenadamente la mirada hacia el suelo.

De repente oí la voz clara y dulce de la enfermera que me había dibujado el mapa. Sonaba detrás de otra pequeña puerta, oculta tras un biombo de tela. Y al rato me llamó. Me llamó por mi nombre.

Ya volviendo a mi habitación, caminando de puntillas para no ser descubierto, lloré.

Lloré al ser consciente de lo mucho que habíamos perdido los pacientes en estos hospitales modernos del siglo que viene. Lloré por lo rápido que habíamos olvidado a los buenos médicos y por lo trágicamente irónico que era llegar al final de un mapa, para recibir un oculto y sanador abrazo.

***Fernando Ros Marí** es licenciado en publicidad y relaciones públicas y en guion y dirección cinematográfica. Ha rodado tres cor-*

tometrages seleccionados en más de 15 de festivales nacionales e internacionales. Como escritor es inédito.

MANUELA SÁNCHEZ GONZÁLEZ

JUGANDO A LOS MÉDICOS

Recuerdo que las mangas le quedaban grandes y arrastraba la bata por toda la habitación, como si fuera la sábana de un fantasma de seis años. Como fonendo usaba un vaso de Yoplait de fresa. Se ponía muy serio y decía: - “Descúbrase el pecho y diga treinta y tres. A ver: tosa. Otra vez... Esto no suena bien. Esa tos no me gusta nada... hummm. Tendré que recetarle pastillas de regaliz”.

Y así pasaba las horas muertas jugando con su Madelman de paciente improvisado. Siempre quiso ser médico y sin embargo nunca pasó de enfermo toda su vida. Y ése fue su mejor papel...

***Manuela Sánchez González** es médica de familia. Desde 2002 se dedica a las urgencias extrahospitalarias. Desde 2004 lo hace en las unidades móviles del Dispositivo de Cuidados Críticos y Urgencias de Sevilla.*

LA ÚLTIMA CITA.

Cogió el enorme bolso del suelo, recogió las llaves, las pastillas y el móvil de la mesa y cerró con esfuerzo la pesada puerta del piso. Mientras bajaba en el ascensor observó su imagen en el espejo, llevaba su pañuelo favorito, el que le regaló su hombre hace ya tantos años, y una sonrisa nostálgica la acompañó hasta la planta baja.

Ya en la calle fue recibida por la brisa templada que llegaba desde el mar, se dirigió hacia el paseo marítimo, bajó con cuidado las empinadas escaleras de la playa y descalzándose caminó hacia el Castillo de Santa Catalina sintiendo la arena entre sus dedos y maravillándose, como cada día de sus sesenta y ocho años, por la belleza con la que se asomaba su Cádiz al infinito mar.

Desvió sus pasos por las estrechas callejuelas, y respirando con dificultad, paró unos minutos para recuperar el aliento antes de entrar en el edificio del Casino Gaditano.

En el interior se encontraban sus tres hijas formando corrillo y hablando con rostro serio. Nada más verla una sonrisa iluminó sus caras, lanzándose a saludarla con besos y abrazos interminables.

-¡Mamá! ¿No se te habrá ocurrido venir andando?- dijo Estrella con tono indignado - Es que no puedo contigo...

-Déjala que ella sabe lo que hace- dijo su cariñosa y comprensiva hija Merche.

María, la mayor, la miró seriamente con sus vivos ojos brillando por las lágrimas, cogió su mano y la condujo hacia el impresionante patio central, -mira mamá, han venido todos...-

Entre las columnas del patio, alrededor de una gran mesa dispuesta, se encontraban charlando o correteando, según correspondía a la edad de cada uno, sus yernos y nietos. Le encantó el aire festivo que se respiraba, algunos de ellos llevaban meses sin verse y las voces y las risas llenaban de vida el antiguo edificio.

A todos saludó y abrazó, compartiendo anécdotas y novedades, bebiendo el cariño y la vida que de todos ellos emanaba, y cuando, cerca ya de la medianoche, la felicidad no pudo sedar ya el dolor, dirigió una mirada cansada a sus hijas.

-Mamá, ya es tarde, nos despedimos y te llevo a casa, que me quedo a dormir contigo- dijo la hija mayor levantándose.

-No hace falta, he quedado con tu hijo para que me lleve...

-¿Con Edu? Pues ha debido olvidársele porque ha venido en moto... ¡Mamá!

Una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro al ver la mezcla de asombro y miedo que aparecía en la cara de su hija.

-Qué quieres- le dijo mientras la abrazaba- es el único medio de transporte que aún no he utilizado...

Llegó a casa agotada, se acostó con la ayuda de su nieto cayendo inmediatamente en un profundo sueño -cortesía de la medicación- y

soñó con su único amor. *Sintió* cómo venía hacia ella, *sintió* cómo la abrazaba y besaba como antaño, y la muerte le llegó con la misma pasión y generosidad con la que había vivido.

Almudena Torres López vive en Madrid y es psicóloga, corredora de medio fondo y policía. Como escritora permanece inédita.

